

Lo malo no fincaba en que la niña fuera animal, porque el derecho de serlo es sacratísimo. Lo malo estuvo en que la niña, a sus muchas cualidades positivas, unía varias negativas, entre ellas la de ser muy imbécil—que ya la anoté—, y la de ser muy mal educada—, que anoto con inefable placer; por lo cual, apenas el poeta terminó su recitación y rompieron todos a aplaudir, exclamó aquella Fiera mental envuelta en la Bestia física:

—Talvez estarán muy bonitos esos versos, pero yo no los entiendo.

Quedáronse todos de una pieza al oír semejante exabrupto, pero Julio Flórez, sin enfadarse ni turbarse, sacó la cartera y escribió estas dos estrofas, que hemos oído todos al compás de los triples y las guitarras:

Yo sé que no me entiendes; que es en vano  
que a tí lleguen mis versos doloridos,  
unos como el rugir del océano  
y otros como el arrullo de los nidos.

Yo sé que no me entiendes. Sin embargo,  
mientras las cuerdas de mi lira pulse,  
al mundo le daré todo lo amargo  
de mis versos, y a tí todo lo dulce.

**Una lección de urbanidad.**—En el año de 1878 era jefe civil y militar del Estado Soberano de Antioquia el general Tomás Rengifo, valeroso